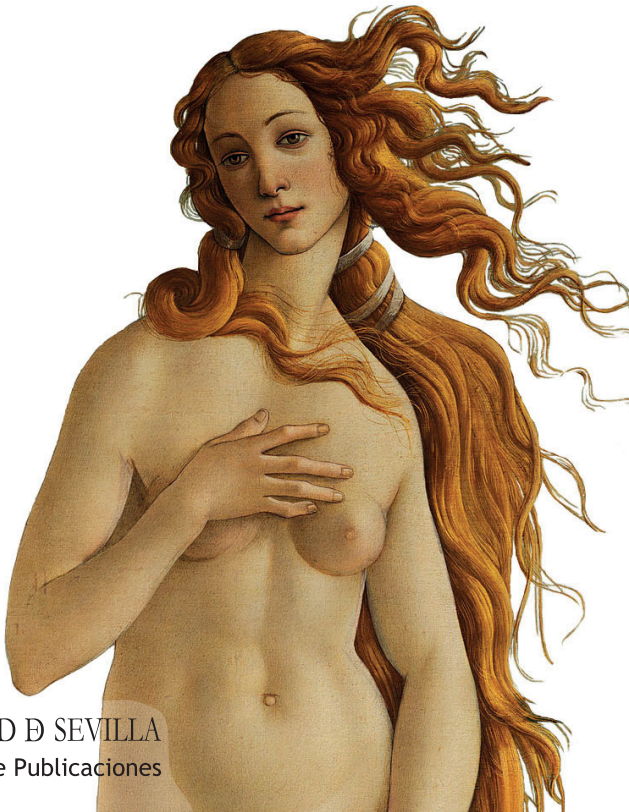


Alfredo Jiménez Núñez

VENUS de verano
9 cuentos verosímiles



UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Secretariado de Publicaciones



COLECCIÓN DE BOLSILLO
NÚMERO 172 AÑO 2015

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ

Venus de verano
Nueve cuentos verosímiles



Sevilla 2015

COMITÉ EDITORIAL:

Antonio Caballos Rufino
(Director del Secretariado de Publicaciones)
Eduardo Ferrer Albelda
(Subdirector)

Manuel Espejo y Lerdo de Tejada
Juan José Iglesias Rodríguez
Juan Jiménez-Castellanos Ballesteros
Isabel López Calderón
Juan Montero Delgado
Lourdes Munduate Jaca
Jaime Navarro Casas
M^a del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado
Adoración Rueda Rueda
Rosario Villegas Sánchez

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla.

Motivo de cubierta: *El nacimiento de Venus* de Sandro Botticelli.
Galería de los Uffizi, Florencia

© SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA 2015
Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.
Tlfs.: 954 487 447; 954 487 451; Fax: 954 487 443
Correo electrónico: secpub4@us.es
Web: <<http://www.publius.us.es>>

© ALFREDO JIMÉNEZ NÚÑEZ 2015

Impreso en papel ecológico
Impreso en España-Printed in Spain

ISBN: 978-84-472-1599-7

Depósito Legal: SE 277-2015

Impresión: Imprenta SAND, S. L. - CAMAS (Sevilla).

www.imprentasand.com - Telf. 954 393 558

Índice

Prólogo	9
---------------	---

Primera parte

CUENTOS DE AYER

Lo que no conté en <i>El amante de la frontera</i>	13
Pasajeros a Indias	17
El Búho y la mujer amotinada	51
Lucía en el desierto de Sonora	71

Segunda parte

CUENTOS DE HOY Y DE MAÑANA

Introducción	105
Venus de verano	109
Madame Maigret en Sevilla	151
El caso de la violinista y el enamorado obsesivo	207
Unidad de día	227
<i>Aqua 2090</i> : fantasía en Sol mayor	251
Es evidente que estoy muerto	265

Prólogo

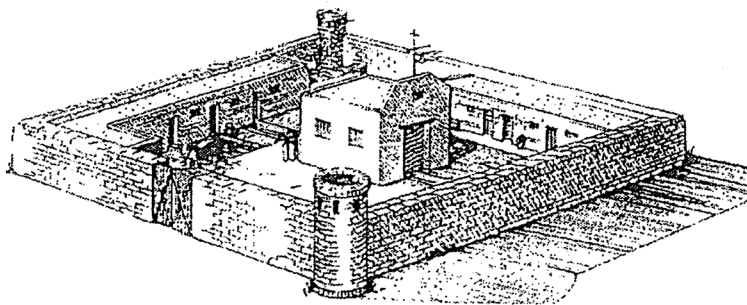
El relato corto ofrece a su autor ventajas y dificultades. Como es breve por definición, se puede escribir en unos días, aunque haya dormitado en la mente durante meses o años. La trama ha de ser sencilla y los personajes no pueden ser muchos, pues no hay tiempo ni espacio para detalles ni complicaciones. El argumento debe intrigar o conmover, mejor ambas cosas. Y nunca vienen mal unos toques de humor que hagan sonreír. El relato breve –o cuento para adultos– puede provocar miedo, pena o asombro, como los cuentos mal llamados infantiles. El relato breve debe enganchar desde el principio e incitar a conocer el final. No conviene, ni es buen síntoma, dejarlo a medias para otro día, otro momento. Es también importante (esencial) la sorpresa, lo inesperado: una carta que el cuentista se guarda en la manga para la última jugada. Los cuentos y relatos breves recogidos en una selección o antología se pueden leer sin orden, según el ánimo y el tiempo disponible. El relato breve lo es, generalmente, de lo cotidiano, aunque a veces se vista de irrealidad o fantasía. ¿Realismo mágico?

Éstas y otras cosas las he aprendido y disfrutado leyendo a los maestros, desde Chejov a García Márquez, desde Poe a Cela, desde Chesterton a Delibes, por situarnos en puntos extremos de un pequeño universo literario. ¡Claro que una cosa es predicar y otra dar trigo!

Los nueve relatos aquí amparados bajo el título de uno de ellos se distribuyen en dos partes muy distintas. La primera la componen tres textos referidos a un pasado histórico. Los relatos de la segunda parte se sitúan en el presente o casi en el futuro o porvenir. Todos ellos son cuentos *verosímiles* porque la ficción no exige necesariamente la verdad: basta con que los hechos y los personajes sean creíbles. Por supuesto, el lector debe poner un poco o un mucho de su parte, y no olvidar que la Historia y la Vida están llenas de acciones que superan todo lo imaginable.

Primera parte

Cuentos de ayer



Lo que no conté en *El amante de la frontera*

En las novelas, y en el teatro, hay protagonistas, actores secundarios y gente que *pasaba por allí*, gente que se despacha en un par de párrafos o páginas y desaparece para siempre. Sin embargo, el papel de estos últimos en la trama puede ser importante o crucial. Por ejemplo, el asesino material de un crimen ordenado por uno de los protagonistas; el héroe o la víctima cuya actuación explica o justifica la conducta de los actores principales; el jefe que manda mucho pero apenas se le ve o abre la boca.

Muchas películas nacen de una novela, o son novelas fotografiadas, lo que produce abundantes y obvias conexiones entre la creación literaria y el séptimo arte. Es frecuente encargar a un actor famoso un papel muy menor por razones de taquilla. No es menos corriente en el cine de Hollywood asignar el papelito de presidente de la nación o de juez del Tribunal Supremo a un actor o actriz de color por razones también económicas y por respeto a lo políticamente correcto. ¿Recuerdan aquella frase cínica de una película española: «Siente

un pobre a su mesa el día de Navidad»? Pues también recurre el cine a un negro para encarnar en un par de escenas a un general de cuatro estrellas o al director de la CIA. Por cierto, el panorama étnico en el cine americano se ensancha, y ya aparecen hispanos que no sólo hacen de indios, inmigrantes o narcos mexicanos. Por algo se empieza.

Pero volvamos a la cuestión que nos ocupa. He tenido mis razones para escribir tres cuentos que son un derivado (*spin-off* es la palabra inglesa que se impone) de mi última novela. Llamar a estos cuentos un «subproducto» sería tirar piedras sobre mi propio tejado, y no lo haré. El prefijo «sub-» tiene, generalmente, connotaciones negativas.

Sin mucho tiempo ni demasiadas ganas para escribir otra novela (que sería la cuarta), he querido sacar un poco más de jugo a una historia y a unos espacios *ignorados* (no digo *despreciados*, pues no es posible despreciar lo que no se conoce). La geografía es el Gran Norte de Nueva España o México; la historia fueron tres centurias de presencia española.* Hablo de la frontera que se anticipó en siglos a la frontera del Gran Oeste americano, un clamoroso contraste de ignorancia y popularidad aquí y allá.

* Véase mi novela, *El amante de la frontera. Tres siglos en la vida de un hombre*, Guadalturia Ediciones. Sevilla, 2014.

De *El amante de la frontera* repesco a un tal Lorenzo Mejía, que se encontró con el protagonista de la novela en su camino al norte. Lorenzo Mejía era del pueblo sevillano de Dos Hermanas. Viajaba apesadumbrado y echaba de menos a la esposa que había dejado en tierra. Lo que sabemos de este hombre está sacado de una carta que le escribió a su mujer desde la ciudad de Zacatecas.** Lorenzo Mejía siguió poco después camino a Gadiana (hoy Durango). Todo lo que le sucede a partir de entonces es invención mía.

«El Búho y la mujer amotinada» (título del segundo cuento) son dos personajes con los que se topó el amante de la frontera en situaciones muy distintas. La mujer amotinada, de sobrenombre María «la Brava», tiene un papel brevísimo en la novela. Pero, al igual que le ocurrió a don Martín Obregón Alonso, yo me quedé prendado de ella después de haberla parido. Manco, tuerto y con la cara picada era el Búho, de quien don Martín conservó un recuerdo imborrable. A mi criterio, estas dos figuras de ficción merecían otra oportunidad, y se la he dado al reunirlos en un trágico episodio de los innumerables que hubo durante siglos entre indios y españoles.

** Enrique Otte: *Cartas privadas de emigrantes a Indias*, Consejería de Cultura y Escuela de Estudios Hispano-Americanos. Sevilla, 1988.

En mi modesto propósito de popularizar una frontera y reivindicar la acción de España en unos territorios que desde 1848 son parte de los Estados Unidos, he situado la acción del tercer cuento en Arizona. «Lucía en el desierto de Sonora» tiene como escenario un *presidio* o fuerte y su entorno inmediato. Es el paisaje que John Ford y otros directores americanos utilizaron para entretener y divertir (función esencial del cine), y para enseñar y enaltecer una parte de la historia de los Estados Unidos (función no menos noble de las películas). El trío protagonista lo componen una joven (Lucía), un teniente (Roque Medina) y un sargento (Pablo Solís).

Se levanta el telón. ¡Que usted lo pase bien!

Pasajeros a Indias

Para Mary Carmen y Manuela

Martín Obregón Alonso, joven sevillano de familia notable (y estudiante que fue en Salamanca), se embarcó para las Indias huyendo de la justicia. O de sus remordimientos, como si tal cosa fuera posible con poner tierra por medio. En una calleja de Sevilla había matado a espada al hermano de su prima y novia. La joven perdió su doncelléz en una noche de arrebató, y el hermano quiso vengar el ultraje, aunque el peor delito del matador fue abandonar al muchacho con un hilo de vida, incapaz de pronunciar palabra para acusar a nadie.

Martín desembarcó en Veracruz y siguió camino a la ciudad de México. No se demoró mucho en la capital del virreinato, donde residían y a donde arribaban muchos sevillanos en aquellos años de final de siglo. Para más seguridad, se dejó barba y cambió el orden de sus apellidos, precaución muy común entre los españoles que cruzaban el charco y se perdían en la inmensidad de un mundo nuevo.

En 1546 se había encontrado plata en la región de los indios zacatecos, a unas ochenta leguas al norte de México. Gente muy diversa, enferma de una misma calentura (la fiebre de la plata), se puso de inmediato en camino. Martín se metió en aquella corriente que en pocos años creó la ruta de la plata, un camino áspero y peligroso que a unos conducía a la riqueza y a otros a la miseria, sin apenas término medio. Cuando su caravana había recorrido unas docenas de leguas, alcanzaron a otra que también iba al norte. Las dos expediciones se juntaron bajo el principio de que la unión hace la fuerza: se estaban internando en la *Chichimeca* o tierra de tribus nómadas y bárbaras que por siglos se habían hecho la guerra y ahora robaban a los españoles algo tanpreciado como el caballo y el ganado venidos por mar a una tierra pobre hasta de agua.

A don Martín se le arrimó un hombre de algo más edad que cargaba con la pena de haber dejado a su esposa en el pueblo de Dos Hermanas, cercano a Sevilla. Se presentó como Lorenzo Mejía y encontró en Martín la persona a la que hablar de sus cuitas.

—Desde que salí de México no se me han caído las armas de las manos, porque esta tierra hierve de indios chichimecas —le dijo el paisano para empezar. Fuera la pena que sentía, o era de natural triste, lo cierto es que no paró de quejarse durante el camino. Martín,

que tampoco andaba muy animado, le escuchaba por piedad sin atreverse a compartir confidencias.

—Ningún poblado en el camino, y agua poca y mala, durmiendo en el suelo y con mucha nieve —se lamentaba el de Dos Hermanas—. Descansaré unos días en Zacatecas y seguiré adelante hasta una tierra que se dice Guadiana... ¿Habéis dejado familia en Sevilla...? Mi mayor pena es no tener conmigo a mi esposa. Le he escrito desde México, y he dado como dirección la casa de un amigo, que me encaminará su carta adonde yo esté... Pero pasarán meses antes de tener respuesta, y no sé cuántos meses más hasta que mi señora Catalina se reúna conmigo... ¿No ha escrito vuestra merced a Sevilla antes de salir de México?

Entre quejas y silencios, entre aguaceros y soles, llegaron una tarde a uno de los *presidios* que protegen la ruta de la plata. Los *presidios* no son cárceles sino fuertes al mando de un capitán y un número de soldados llamados *presidiales*. A falta de ventas en el camino, no hay otro refugio para el viajero que los *presidios*. El de Ojuelos, como tantos otros, era de planta cuadrada, muros de troncos y barro y torre en dos esquinas. Las habitaciones y los almacenes se levantaban alrededor de un gran patio. Los caminantes encontraban en los *presidios* un lugar donde descansar y ponerse a cubierto del mal tiempo o del asalto de los indios.

El presidio estaba lleno de viajeros que iban o venían de más al norte. Era tanta la gente hacinada bajo los cobertizos, que volvía a oler a humanidad, como en el barco. En cuanto Martín pisó tierra en el puerto de Veracruz, le vinieron olores nunca sentidos en España: el olor de una tierra distinta, recién regada por el aguacero de cada tarde; la fragancia de frutas de piel tersa y colores chillones; el aroma de maderas nobles ardiendo como leña arrancada de árboles que no crecen en España; el efluvio punzante del copal, cuya resina quemaban los indígenas por gusto o devoción, como si fuera incienso. Don Martín advirtió en su camino que cada país tiene sus propios olores.

Hacía frío en el presidio. Cinco o seis fogatas no bastaban para medio calentar las galerías abiertas a un patio o plaza inclemente. Don Martín y el paisano buscaron un hueco donde acomodarse. A su paso, una joven daba el pecho a una criatura que rompía en llanto cada vez que se le escapaba el pezón de unos senos macilentos. Un matrimonio anciano se acurrucaba dándose calor el uno al otro. Dos arrieros se disputaban entre risotadas una jarra de vino; otros cuatro se jugaban a los naipes el salario de muchos días de viaje. Más allá, dos bultos retozaban arrebujaos con una manta que dejaba escapar mechones de una cabellera rubia. Unos gemidos, que no eran de dolor, confirmaron al

paso de los sevillanos la consumación del rito ancestral. Un fraile bisbiseaba avemarías con un rosario entre los dedos, y el hermano lego mordisqueaba con fruición un elote o mazorca de maíz tierno y cocido; los ojos del lego llamaron al oír los gemidos de la pareja. Dos indios viejos, en cuclillas, silenciosos e inmóviles, fumaban unos apestosos cigarros: el primer vicio que el Nuevo Mundo había brindado al Viejo. Quizá los dos indios reflexionaban sobre el ayer y el presente de la tierra árida donde les tocó nacer.

* * *

Muy de mañana, las dos caravanas abandonaron el presidio de Ojuelos. Unas jornadas más y los carros y carretas, que habían marchado trabajosamente como barquillas por un mar desabrido, arribaron a Zacatecas. La plata había marcado la traza de una ciudad que se alargaba por una quebrada al amparo del cerro de La Bufa, su perenne centinela. A un lado y otro de la calle principal se levantaban iglesias y conventos. Vivían en Zacatecas varios cientos de españoles, unos venidos de España, otros nacidos a este lado del mar, que se llamaban *criollos*. Había esclavos negros, negros libres, mulatos y algunos extranjeros. En las minas trabajaban centenares de indios.

En cuatro días estuvo lista otra caravana con destino a Guadiana, capital del reino de la Nueva

Vizcaya. A finales del siglo XVI, Guadiana también se llamaba Durango. Martín Obregón Alonso acudió al lugar donde las carretas estaban dispuestas para la marcha. Entre la gente que se movía sorteando caballos y mulas, y carneros para tener carne fresca en el camino, vio al paisano con su expresión acongojada de siempre.

—Os echaré de menos, don Martín.

—Yo también a vos —respondió el que se quedaba en Zacatecas.

Las campanadas de una iglesia y tres escopetazos al aire dieron la orden de marcha. Los dos sevillanos se despidieron con un fuerte abrazo, Lorenzo Mejía montó a caballo y picó espuelas suavemente, casi a la fuerza. Unos pasos más allá volvió la cabeza, saludó con la mano y desapareció entre las carretas. Martín permaneció inmóvil unos minutos con la vista en la caravana: «¿Qué será de este infeliz? —se preguntaba—. Seguro que no lo volveré a ver en la vida. ¿Se encontrará algún día con su añorada Catalina?».

* * * * *

Lorenzo Mejía tenía veintitantos años cuando llegó a México, ahora apenas pasaba de los treinta. A Lorenzo Mejía le rodaron bien las cosas en Guadiana. Con el dinero que trajo de España abrió un negocio de compra y venta, invirtió dinero en minas sin ser minero y ganó amistades. Era honrado y laborioso.

Jacinta tenía poco más de veinte años. Era metidita en carnes, toda muy bien repartida, como gusta a los hombres. Su piel era blanca y negro su pelo, alegre de genio y decidida. Llegó a Guadiana con marido pero sin hijos. En uno de los dos estaría la falta porque ambos los deseaban. Venían de la Extremadura que linda con Andalucía. Unos meses después, Jacinta quedó viuda: una pulmonía se llevó por delante a su hombre en una semana. Cuando se ha llegado tan lejos como Guadiana, Jacinta no encontró razones para regresar a España. La extremeña se empleó en una casa de familia pudiente (un matrimonio con muchos hijos y una abuela tullida), donde venía bien una mujer fuerte y sana que, de momento, se conformó con comida y cama mientras dejaba intacto el poco dinero que le dejó el difunto. No era una sirvienta más en la casa de los Gutiérrez sino un ama de confianza, cariñosa con los pequeños. Lorenzo era amigo de don Prudencio Gutiérrez. Los dos hombres habían congeniado, y Lorenzo era visitante asiduo en la casa. Allí conoció a Jacinta.

* * *

—¿Acudiréis mañana al cabildo? —Lorenzo era aquel año regidor en el ayuntamiento, elegido con el voto de otros regidores, también comerciantes.

—Sí, *Catalina*.

No era la primera vez que se le escapaba a Lorenzo Mejía el nombre de Catalina. Y Jacinta lo comprendía. Cuando se conocieron, Lorenzo seguía lamentándose de su soledad y maldecía la distancia que le separaba de la esposa que dejó en Sevilla. A veces, en el jardín, mientras Jacinta cuidaba de la chiquillería y el matrimonio se ausentaba unos momentos, Lorenzo aprovechaba para quejarse de su soledad, y ella le escuchaba con agrado y compasión. También Jacinta tenía su sensibilidad a flor de piel por la muerte de su marido. De esta comunión de sentimientos surgió cariño y, luego, amor o pasión. Desde entonces, Lorenzo buscaba ocasiones para verse a solas con Jacinta en un juego peligroso; todos sabían en Guadiana que era hombre casado.

La inclinación de Lorenzo por Jacinta aumentó y empezó a traslucirse. Don Prudencio le lanzaba pullas amistosas, y el matrimonio comentaba en la intimidad la buena pareja que harían Lorenzo y Jacinta, como si Catalina no existiera. Este *olvido* de los ausentes era casi inevitable en una tierra tan alejada de todo lo que se quedó atrás. El matrimonio con Jacinta era muy razonable sobre el papel, pero imposible. Catalina desembarcaría algún día en Veracruz y se presentaría en Guadiana.

Lorenzo seguía amando a Catalina (tan lejana), pero no podía vivir sin Jacinta (tan a

la mano). Así de grande era su desgarró y su locura. Jacinta fue al principio un lenitivo de su dolor; luego se convirtió en droga placentera que trastorna los sentidos. Una mañana, Lorenzo se levantó por los pies de la cama con una idea en la cabeza más propia de un muchacho ofuscado por su primer amor que de un hombre hecho y derecho: fingiría ante el matrimonio amigo, y ante las autoridades si fuera necesario, que un pariente le anunciaba el fallecimiento de Catalina cuando estaba a punto de embarcar en Sevilla. De inmediato, él escribiría una carta a Catalina firmada por una persona inexistente, anunciando su propio fallecimiento. Con dicha misiva, el supuesto amigo enviaría algún dinero a la viuda y la recomendación de no emprender viaje a las Indias. Era una idea descabellada, que sólo podía explicar la insensatez de un doble enamorado. Pensar en Catalina era sufrir, aunque su imagen empezaba a pertenecer no sólo al pasado sino a *otro mundo*, a otra vida.

Lorenzo también sentía pena por Jacinta, y temía el daño que le podría acarrear su insensatez. ¿Y si Catalina no recibía a tiempo la falsa noticia y se presentaba en Guadiana? De hecho, se perdía mucha correspondencia de ida o vuelta por los caminos de tierra, o se iba a pique en una tormenta o por ataques de piratas y corsarios ingleses o franceses. Pero había aún más riesgos: si las autoridades, por sí mismas, o

por maledicencias o envidias, averiguaban que Catalina estaba viva, el matrimonio con Jacinta sería delito y pecado de bigamia, severamente penado por la Corona y la Iglesia, cuyos brazos llegaban hasta los lugares más remotos del imperio. En prevención de ese delito, la Corona reiteraba que los hombres casados reclamaran la esposa, o vinieran por ella, o regresaran a España. Una política basada en la conveniencia de «la vida maridable».

Lorenzo soñó en noches de pesadilla que Catalina había muerto, y que en Guadiana se había celebrado el funeral por el eterno descanso de su alma. Guardado el luto de rigor, se celebró la boda con Jacinta. Fueron padrinos don Prudencio y su esposa que, según confesaban, perdían una valiosa ayuda en la casa, pero ganaban una amiga. Este sueño macabro, que le asaltaba cada noche, hizo reflexionar a Lorenzo. El desconcierto de Jacinta, que no terminaba de entender la extraña conducta de su enamorado, también contribuyó a enterrar el siniestro plan.

Así estaban las cosas cuando llegó correo a Guadiana. No en sueño, sino muy despierto, Lorenzo recibió con manos temblorosas un envoltorio cuyo remitente era el amigo que se había encargado en la ciudad de México de reenviarle la correspondencia de España. Lo había hecho así un par de veces, aunque desde la última carta de Catalina habían transcurrido

muchos meses, tiempo durante el cual Lorenzo fue presa de su loca pasión.

Lorenzo, con miedo culposo, abrió el envoltorio mientras en su cabeza se cruzaban temores y deseos contradictorios: ¿Catalina viva? ¿Jacinta despechada y perdida para siempre? ¿Catalina muerta? ¿Había sido una premonición su malvada idea? ¿Vía libre para un segundo matrimonio? ¿Reconciliación con Catalina y olvido de Jacinta?

El amigo de México le decía que había recibido dos cartas con pocas semanas de diferencia. La primera viajó en el *navío de aviso*, el más rápido, el que va por delante de la flota con órdenes, noticias urgentes y algunos papeles privados. La segunda estaba despachada en Veracruz. El amigo se excusaba de no haberlas remitido antes a Guadiana por estar ausente de la ciudad cuando llegaron. Y añadía que la señora Catalina permanecía en Veracruz hasta sentirse con fuerzas para continuar viaje a la capital. Catalina, pues, estaba viva, aunque débil como tantos que después de semanas por mar se encontraban en Veracruz con un clima infernal. No eran pocos los viajeros que en vez de recobrar la salud, perdían la vida a causa del calor y las fiebres de la tierra caliente.

Lorenzo, al fin, se atrevió a leer la carta más antigua. Se quejaba Catalina desde Sevilla de no haber tenido noticias en un año, de malvivir

con la única esperanza de que la falta de noticias se debiera a pérdida de la correspondencia y no a falta de interés ni de cariño. Y que se proponía embarcar en la próxima flota. Antonio, un primo de Lorenzo, le adelantaba el dinero para el viaje y estaba dispuesto a acompañarla hasta Guadiana, donde pensaba también probar fortuna.

La segunda carta, fechada en Veracruz, era breve y patética. La letra no era suya, Catalina sabía leer pero no escribir. El texto traslucía tristeza y desaliento. ¿Habría añadido algo el escribiente para aumentar la compasión de Lorenzo? Desde luego, no era la carta alegre y animosa que Lorenzo esperó en otros tiempos y, últimamente, temía recibir. Extrañamente, no había reproches ni tampoco entusiasmo.

* * * * *

Un jinete escoltero, que cabalgó a buen paso en el último trecho, anunció en Guadiana que la caravana de Zacatecas arribaría al caer la tarde. Catalina le había preguntado al escoltero por Lorenzo con la ansiedad de quien espera un encuentro lleno de incertidumbres. Si el hombre conocía a Lorenzo, ¿cómo estaba de salud, por no preguntarle si estaba vivo o muerto o cómo le iban los negocios? ¡Pueden ocurrir tantas cosas en unos meses, en unas semanas!

Lo cierto para Lorenzo era que Catalina venía entre los viajeros. Sin demora, mandó enganchar dos buenas mulas y corrió al encuentro de la caravana. No tuvo tiempo o no quiso avisar a Jacinta, que pasaba unos días con los hijos de don Prudencio en un rancho cercano. ¡Mejor así! Pero, tarde o temprano, los dos enamorados chocarían con la realidad: Lorenzo tendría que presentar a Catalina a sus amigos, ninguno más íntimo que don Prudencio y doña Encarnación. Y no podría cortar sus visitas a la casa, donde se toparían con Jacinta. Incluso si Jacinta abandonaba la casa con cualquier excusa, su presencia en Zacatecas sería un peligro, un riesgo, de persistir la pasión en uno o en ambos enamorados.

Al rebasar la cumbre de un cerro, Lorenzo vio a lo lejos la caravana acampada a un lado del camino. Era la última parada. Los pasajeros –las mujeres sobre todo– se aderezaban la ropa y el pelo, se acicalaban para entrar presentables en la villa. Venían en las grandes caravanas jóvenes prometidas o dispuestas a encontrar marido; maridos que regresaban de Zacatecas o de México; hombres llamados por parientes o por viejos amigos; comerciantes con mercancías que vender... Y todos pretendían causar buena impresión a su llegada.

Lorenzo aminoró el paso de las mulas, que corrían alegres cuesta abajo. En medio de un paisaje yermo y reseco, se debatía en un mar

de confusiones. ¿Qué había sucedido últimamente? ¿Qué le hacía desear y temer el reencontro? Como el cuerpo reacciona de repente tras unas fiebres malignas, Lorenzo sintió que rebrotaban en su corazón sentimientos agostados por el tiempo y la distancia.

La aparición de Lorenzo Mejía creó gran revuelo entre los acampados. Todos le preguntaban por todo, todos querían saber de sus parientes o amigos. La expectación sirvió para suavizar un encuentro lleno de incógnitas si no de espinas. Tanto Lorenzo como Catalina tenían sus motivos de recelo, sus propias preguntas. Lorenzo se zafó como pudo de la curiosidad de los viajeros y se hizo cargo de los suyos dejando en la caravana el equipaje, que venía repartido en más de una carreta. Al subir al coche, Catalina sólo llevaba en sus brazos la sorpresa que Lorenzo no pudo imaginar: un chiquillo de poco más de dos años que la llamaba «mama». La impresión de Lorenzo fue tan brutal que se quedó mudo. Fue su primo quien le sacó de su estupor: «Lorenzo, escuchadme por amor de Dios: Antoñito es mi hijo... Me quedé viudo en vísperas del viaje, sin nadie a quien encomendar la criatura».

Los viajeros tomaron en casa una sopa caliente y poco más. Estaban más necesitados de descanso que de alimento. Antoñito dormía profundamente en brazos de Catalina, que

con un gesto le pidió al padre que se lo llevara a la cama. Ya en la intimidad de su alcoba, Lorenzo contemplaba a Catalina hundido en el sillón donde tantas veces se había refugiado para soñar o llorar a solas. Catalina, sentada en el borde de la cama, con la cabeza gacha, gemía y apretaba en sus manos un pañuelo humedecido por las lágrimas. Se había soltado su largo pelo, que le caía sobre los hombros; la piel de su rostro brillaba a la luz de las velas. Catalina conservaba una belleza serena, se había hecho más mujer. Cuando levantaba la cabeza y miraba a Lorenzo, sus ojos intensamente negros eran tan cautivadores como él recordaba de la joven que dejó en Sevilla. Había mucho de qué hablar, pero una cuestión se imponía a todas las demás. ¿Por qué el niño la tenía por madre? La respuesta sonó tan natural que Lorenzo se avergonzó de haberla planteado. Y, sin embargo...

El hermano de Lorenzo esperaba seguir sus pasos, pero falleció poco después en Dos Hermanas. El primo Antonio se ofreció a pagar el pasaje de Catalina en la confianza de cobrarlo a Lorenzo en Gadiana. También él había decidido embarcarse y, ciertamente, la compañía de un hombre en la mar y luego por tierra era cosa muy recomendada por todos los españoles. La mujer de Antonio también murió al rodar por la escalera de su casa y perder en un baño de sangre la criatura que llevaba en su seno. Esta desgracia obligó a Antonio a llevarse

a su hijo con él. Antoñito figuró como hijo de Catalina en el registro de pasajeros a Indias en la Casa de la Contratación de Sevilla, pues resultaba inapropiado y hasta sospechoso que un hombre solo cruzara el charco portando una criatura de dos años. Fingir el matrimonio de Antonio con Catalina era peligroso por falta de apoyo legal, aparte de que hubiera hecho inservible para siempre una carta que era el mejor testimonio para Catalina a la hora de embarcar y luego viajar hasta el norte de México. Catalina mostró a las autoridades sevillanas la carta de Lorenzo donde daba fe de su deseo vehemente de reunirse con ella. Por suerte o milagro de la Providencia divina –le decía Catalina a un marido perplejo y amoscado–, la fecha de la carta de llamada le pasó inadvertida al funcionario: Antoñito no podía ser hijo de Lorenzo, ausente como estaba desde hacía tres años.

Faltaba por explicar el comportamiento del niño: en las semanas previas y a lo largo del viaje, Catalina logró que el huerfanito la tuviera por madre. La poca edad y el instinto jugaron a favor de la mentira; como se esperaba, la criatura pronto olvidó a la muerta. La paternidad de Antonio se mantendría en Gadiana porque era verdad. Pero sería muy difícil evitar las dudas y las maledicencias si el niño seguía llamando «mama» a Catalina; y aunque no lo hiciera. Los mal pensados de oficio siempre suponen lo peor. Un «primo» joven y apuesto no

favorecería la reputación de una mujer que había vivido y viajado sin marido durante tanto tiempo. En cualquier caso, el más perjudicado sería Lorenzo, el honrado comerciante que tanto había añorado en público y en privado a su amada Catalina. El rancho que Lorenzo tenía en las afueras sería de momento refugio de lo que pintaba como un feo asunto de familia.

* * *

El rancho le servía a Lorenzo de almacén de mercancías y de esparcimiento. Su huerta le proveía de verduras y frutas; en el corral criaba gallinas y algunos cerdos. Al amanecer del segundo día, Lorenzo llevó al rancho a Catalina y a la criatura. Se trataba de obrar con discreción, pensar con calma la mejor manera de afrontar los hechos. La sirvienta de más edad y confianza de la casa los acompañó para atenderlos en todo. La buena mujer estaba encantada con el papel de abuela que de inmediato se arrogó. Antonio se quedó en la casa de Lorenzo con el temor compartido, pero no confeso, de quién sería más primo de los dos en boca de la gente.

En la villa había una familia que no podía quedar al margen de lo que pasaba en casa de Lorenzo Mejía. La amistad aconsejaba y obligaba a que don Prudencio y doña Encarnación fueran los primeros en estar informados. Lorenzo, además, necesitaba más que nunca

un amigo en quien descargar sus cuitas. ¿Y qué podía esperar o temer de Jacinta? Nada de inmediato, pues era mujer inteligente y práctica. Su sentido común y su instinto de supervivencia le aconsejarían aguardar los acontecimientos. Ella era la persona más débil, la que podría perderlo todo de golpe: amor, empleo, honra.

Lorenzo fue al fin a casa de don Prudencio para ponerle al tanto de las novedades. Algo le había llegado al amigo a través del chismorreo entre sirvientes, que tampoco tenían mucho que contar, salvo la presencia de familiares venidos de España, cosa frecuente en Guadiana. En un billete llevado por un criado, Lorenzo le anunció la visita a una hora cuando doña Encarnación solía ir a la iglesia o de visita. Quería verse a solas con su amigo.

El encuentro fue en el huerto, donde tantas horas habían pasado en amena tertulia. Lorenzo se entretuvo en encender un cigarro mientras don Prudencio, haciendo honor por una vez a su nombre, se mantenía en silencio con un gesto de burla cariñosa en su rostro. Don Prudencio era picarón y aficionado a bromas inocentes o no tanto; su mayor edad le permitía un trato casi paternal a un vecino muy dado al lamento. Por fin, Lorenzo rompió a hablar, algo que necesitaba imperiosamente. Durante un buen rato, sólo se habló de Catalina, como si no hubiera otra mujer por medio. Para no

hacerle pasar otro día por el mismo trance, don Prudencio quiso tratar a fondo la causa principal del asunto, y mencionó el nombre de Jacinta mirando con toda intención hacia la casa, donde la joven viuda estaría alerta e inquieta. Don Prudencio estaba convencido de que entre Lorenzo y Jacinta había existido bastante más que un capricho o una debilidad pasajera. La turbación de Lorenzo fue la confirmación que buscaba para poner de una vez todas las cartas sobre la mesa.

¿Amaba Lorenzo a Catalina, aunque no fuera tanto como él proclamaba en su ausencia? ¿Qué significaba Jacinta en su vida ahora que la *casa* se convertía en *hogar*? Las respuestas dependían exclusivamente, o en primer lugar, del doble enamorado. Cuestión distinta, aunque inseparable, era la llegada del primo y la aparición en extrañas circunstancias de un niño. No tuvo que ser muy explícito don Prudencio para que Lorenzo entendiera lo que quería decirle a su amigo: ¿dudaba Lorenzo de la maternidad de Antoñito? Era evidente que el primo era el padre de la criatura, pues no había datos ni razones para lo contrario. ¿Pero pensaría la gente que la madre no había sido la difunta sino Catalina, una mujer cada día menos segura de reunirse con un hombre que no había dado señales de vida en más de un año?

La conversación con don Prudencio fue un trago amargo, un purgante necesario que sirvió en cierto modo de laxante. Dos días después, el escenario del drama fue el rancho donde Catalina y el niño seguían recludos. Catalina esperaba con las carnes abiertas, como suele decirse, mientras que el niño era feliz; todo lo nuevo le encantaba, ya fuera correr torpemente tras un perrazo al que tiraba de sus grandes orejas, o pasear en un manso burrito sostenido por un mozo que lo agarraba con el cuidado de un hermano mayor.

Desde el porche, con la vista puesta en el camino, Catalina vio a lo lejos un jinete que parecía no tener prisa. Minutos después reconoció a Lorenzo. No venía en coche, lo que podría significar que su propósito, al menos de momento, no era recoger a la esposa y al niño. ¿Una *visita* (de consecuencias impredecibles) o la intención de acompañarlos en el destierro?

Catalina vestía un traje sencillo pero de calidad, lo mejor de su equipaje. El escote de su blusa era generoso sin exageración; el pelo lo tenía recogido en un moño alto que realzaba su buena estampa. ¿Había adivinado la llegada de Lorenzo? Catalina se alisó con las manos la ropa y el pelo en un gesto instintivo de presunción, bajó dignamente los escalones que la separaban del suelo de tierra y se acercó con pasitos cortos al jinete, que desmontó con igual parsimonia. De pie, frente a frente, erguidos y

mirándose a los ojos, marido y mujer se quedaron quietos como estatuas de mármol en un museo romano. Todo era frío por fuera. Sólo los puños apretados de Lorenzo y el pecho agitado de Catalina daban señales de vida. Por unos instantes eternos, ninguno dio el paso que aún los separaba. Todo estaba a punto de empezar de nuevo, como si el encuentro de la primera noche no hubiera existido.

Un grito de Antoñito puso a Catalina y a Lorenzo en movimiento. La voz del niño fue el resorte que anima unas figuras inertes. Antoñito bajó tambaleante los escalones del porche y corrió hacia la pareja con los brazos extendidos sin saber a quién echarlos. La inocente criatura era el reflejo de la incertidumbre que atenazaba a los mayores.

Sólo había en la alcoba un sillón. Nunca había necesitado Lorenzo más de uno en su refugio campero. El sol insolente y curioso penetraba por la ventana, y las ramas de un árbol movidas por el viento creaban en las paredes garabatos de luz y sombra. Catalina ocupaba el sillón. Lorenzo se había sentado en el borde de la cama después de cruzar cien veces la habitación de pared a pared con pasos rígidos, llevando todavía la fusta en la mano. Catalina tenía sobre su falda la carta que había leído un rato antes con voz quebrada, pero sin titubeos. Mil veces la había *escuchado* a solas en Dos Hermanas, y se la sabía de memoria. Era la carta que Lorenzo le

escribió desde Zacatecas, y ella sacó de su seno envuelta en un pañuelito primoroso. Decía así:

Bien mío:

Yo salí de México quince días antes de Navidad, y me entré en la tierra adentro, y he venido a una tierra que se dice Zacatecas, que está a ochenta leguas de México; tierra despoblada y de guerra. Aquí descansaré cuatro días, y seguiré adelante a una tierra que se dice Guadiana.

Muchas cosas tenía que decir, bien mío, mas para no daros pena no os lo digo, que no habrá hombre en la tierra capaz de creer el trabajo que pasan en esta tierra los hombres que tienen honra que sustentar.

Bien mío, el mayor dolor que tengo es no veros. Si Dios no lo remedia no sé qué será de mí. Bien mío, que yo vea cartas vuestras, y vengan encaminadas a México a casa de Baltasar García en la calle de Santo Domingo, él las encaminará donde yo estuviera. Y no dejéis, bien mío, de escribirme por muchas vías pues si errasen unas, acertarán otras.

Bien mío, si os fuere posible venir acá, haced por traer a mi hermano con vos, y avisa primero en el navío de aviso, y avisa cómo habéis de venir, porque os vaya yo a recibir a la Veracruz. Si viniéredes a México, veníos a posar a casa de la Romera, que vive junto a Santa Catalina, que ella es mujer honrada y de vuestra tierra, y desea hacerme esa merced.

Bien mío, os pido que miréis en los trabajos que me pongo, y todo por daros gusto y poderos regalar. Donde quiera que yo hiciese asiento, os avisaré. Acudid a la Casa de la Contratación a todas las flotas y avisos, porque yo os escribiré sin falta. Y, como dicho tengo, escribí vos.

Y pues no hay más, Nuestro Señor me os deje ver, bien mío. Fecho en Zacatecas, a cinco de enero de 1587 años. El que más os quiere, Lorenzo Mejía. (Digo Lorenzo Mejía porque así me nombro acá).

Fue una mañana de reproches mutuos, de preguntas sin respuestas, de silencios eloquentes. Unas veces pareció que iba a estallar la tormenta. En otros momentos, había calma chicha. Unas veces, los esposos se miraban con agresividad, otras con ternura lagrimeante.

El hermano que había dejado Lorenzo en Sevilla no pudo hacer el viaje que acordaron al despedirse tres años antes. La noticia de su muerte fue el primer golpe que Lorenzo recibió en las Indias. Al cabo del tiempo, aparece en Guadiana un primo del que no supo nada en los últimos años. Para colmo de sorpresas, viene también un huérfano de madre (hijo del tal primo), que llama «mama» a Catalina. También ella tenía interrogantes que la atormentaban. ¿Había por medio otra mujer? La pregunta de Catalina provocó uno de los silencios más largos y embarazosos de Lorenzo. Por cierto: la idea de *embarazo* voló más de una vez por la alcoba. La esposa del primo estaba preñada de unos meses cuando éste decidió viajar a las Indias; la mujer perdió con su vida una criatura que tanto complicaba la travesía del marido. Murió desangrada al pie de una escalera que debió llevarla al cielo, según comentó

el repentino viudo a los vecinos que acudieron a socorrerla.

Si había (o hubo) algo entre Catalina y el primo de Lorenzo, ¿cuándo empezó? Los matrimonios vivían en la misma calle, aunque Lorenzo nunca sintió especial afecto por su pariente; y Catalina lo sabía. ¿Cuándo decidió Antonio su marcha a México? ¿Poco o mucho antes de la resolución de Catalina de embarcarse sin más espera? El dinero que no llegaba de Guadiana y la falta de correspondencia eran el gran obstáculo para el viaje, pero el primo Antonio se ofreció a adelantar el dinero y embarcarse con la parienta: viajar juntos ofrecía sus ventajas. Pero lo más lacerante para Lorenzo era la imagen de Antoñito en brazos de Catalina, a la que llamaba «mama». Y a Catalina le torturaba la idea de que estuviera *liado* con otra mujer el hombre que la llamaba «bien mío» en sus cartas y le urgía a reunirse con él.

Éstas y otras cosas pensaron, se dijeron o insinuaron los esposos en un encuentro muy distinto al que habían soñado. La entrada de Antoñito en la alcoba después de aporrear la puerta con insistencia devolvió al matrimonio a la realidad tras haber hurgado en el pasado y restregado heridas frescas. El niño tenía hambre y se negaba a comer de la mano de una improvisada abuela.

Don Martín Obregón Alonso bajó del coche a las puertas de la villa de Guadiana, se desperezó sin disimulos (estaba casi en el campo), se sacudió el traje con el ala del sombrero, se ajustó los pantalones a la cintura y echó a andar camino de la Plaza Mayor o Plaza de Armas. Siempre se cuele el polvo por muy bueno y bien acondicionado que sea el coche.

Don Martín venía de Zacatecas por asunto de negocios y necesitaba saber si la persona que buscaba estaba en la villa o en el campo. Al pasar por una pulquería se le apeteció un trago para sacudirse por dentro ese frío que también penetra por cualquier rendija y no evita del todo una buena manta sobre las piernas ni un tupido casacón con cuello de piel. Un trago largo de aguardiente (sólo uno, pero del más fuerte), bastó para zamarrearle el cuerpo y tener la sensación de entrar en calor. Pagó, salió a la calle y continuó andando.

Era invierno, días de Navidad. Oscurecía y una llovizna helada empezó a caer sin más efecto que brillantar las piedras y humedecer el polvo. El cochero le había dicho al entrar en el valle de Guadiana (donde se fundó la villa), que en el llano sólo nevaba «cada siete años», ni más ni menos; y no tocaba. Creencias del pueblo más que reglas exactas de la madre naturaleza.

El minero y hacendado que había llevado a don Martín hasta Guadiana era bien conocido, pero el problema bajo los soportales de la plaza

era saber quién estaba mejor informado de los tres o cuatro individuos que disputaban por atender a un caballero distinguido y elegante que no hablaba con el acento de la tierra —o sea, que no era criollo o nacido en el país—, y viajaba en un buen coche tirado por dos hermosas mulas que lentamente le seguían a las órdenes de un cochero acompañado en el pescante por un escoltero (ambos arrecidos), que habían contemplado con envidia la visita del amo a la pulquería.

Con la información recibida, don Martín se acercó a sus hombres, les dio unas monedas para unos tragos y los despidió hasta la mañana siguiente. La persona que buscaba estaba en su hacienda, según el más enterado, quien aseguró que su amigo o socio, o lo que fuera, estaba enfermo, y el médico había acudido a la hacienda para sangrarlo y rebajarle la sangre, pues era hombre gordo y de buen comer.

Don Martín decidió irse cenar y acostarse temprano. Sentado en un rincón del comedor de la mejor posada de la villa, el forastero preguntó por platillos de la región, y haciendo caso al posadero principió con un «caldillo» bien caliente a base de filete de res troceado, caldo también de res, jitomates y chiles, amén de otros condimentos. De postre tomó «jamoncillos», unos cuadritos de leche quemada y azúcar con trocitos de nueces por arriba que le recomendó el posadero.

Cenaba por segunda noche don Martín en su rincón del comedor cuando entró un hombre de unos treinta años que pasó de largo ante el mostrador y buscó asiento en el rincón opuesto. Parecía que tampoco tenía con quien compartir unos tragos o una cena. O puede que deseara estar solo. Era temprano, la bulla vendría más tarde. Con la cabeza gacha, saludó a don Martín con un toque en el ala del sombrero, que traía encasquetado hasta las cejas. Una moza apetitosa (la misma del día anterior) trajo un segundo vaso de vino a don Martín; y, con un gesto, asintió a la petición del otro cliente o parroquiano. Tal como estaban sentados, don Martín tenía a su derecha al recién llegado, y para verlo bien tendría que volver la cabeza, mientras que el del sombrero encasquetado, con la espalda apoyada en la otra pared en ángulo, podía ver su perfil sin más que levantar la vista.

Don Martín luchaba cuchillo en mano con un chuletón de ternera poco asado, que se le resistía mientras sangraba tratando de no separarse del hueso. Al llevarse a la boca el vaso de vino tinto, el de Zacatecas vio con el rabillo del ojo que el desconocido le miraba y, al instante, agachaba la cabeza hasta ocultar su rostro bajo el ala del sombrero. Servida por la moza una nueva ronda de lo mismo (vino y aguardiente), don Martín volvió a sentir que le observaban. Giró la cabeza sin disimulo, se

cruzaron sus miradas, y ambos se excusaron con un gesto. La curiosidad de uno y otro estaba justificada: un forastero de presencia no corriente, que comía en solitario, y un vecino de la villa que bebía a solas en la posada cuando podría hacerlo con unos amigos o en su casa.

—¿Don Lorenzo, otro trago? —preguntó la moza al del sombrero con ese descaro de quien se mueve a diario entre hombres dispuestos a beber, comer y relajarse.

Don Martín, que había acabado con el postre y apuraba su licor, soltó el vaso con fuerza sobre la mesa y miró fijamente al compañero de comedor que, sorprendido por el golpe, también había alzado la vista. Al fin había comprendido el viajero qué le rondaba en la cabeza desde hacía rato. Sin más, se puso de pie y se acercó decidido a la otra mesa.

—¿Don Lorenzo Mejía...?

—Así es, caballero. Y vuestra merced, ¿don Martín Obregón?

—¡El mismo!

Los dos hombres se abrazaron para sorpresa de la cantinera, que esta vez traía una botella de aguardiente para ahorrarse paseos.

—¿Me hacéis la merced de sentaros a mi mesa? Veo que vuestra merced ya ha cenado.

Por un rato, se entretuvieron en recuerdos de su viaje años atrás: las leguas de camino compartidas, el presidio de Ojuelos, la Navidad

al tiempo de llegar a Zacatecas, la despedida del que se quedaba y del que dijo que seguiría adelante hasta Guadiana. Ninguno se atrevía a preguntar con detalle qué había sido del otro en esos años. Ambos conocían la máxima de que en las Indias, y más en tierra de frontera, no se debe indagar en la vida de nadie, sino esperar a que cada uno hable. Don Martín había cambiado el orden de sus apellidos, como era frecuente al desembarcar. Don Lorenzo también había escrito una coletilla en su primera carta a Catalina: «Digo Lorenzo Mejía, porque así me nombro acá».

Pasada una media hora, empezó a entrar gente ruidosa, todas las mesas se ocuparon y había que alzar la voz para hacerse entender. Don Martín no tenía prisa ni sueño, y el otro mostraba con gestos y medias palabras su deseo de seguir platicando. Al cabo de unos años se había reencontrado con una persona que poseía el don de escuchar.

Don Martín invitó a don Lorenzo a continuar la charla en su habitación. El de Dos Hermanas le miró con ojos agradecidos, y agarró la botella dispuesto a seguirle. Al verlos de pie, la lozana moza se acercó con contoneo y la mejor de sus sonrisas. «Nos retiramos a mi cuarto. El caballero es hoy mi invitado», dijo don Martín dejando una buena propina sobre la mesa. La cantinera no pudo disimular su decepción. Era la segunda noche que se le

escurría un forastero de tan buen ver y tanta generosidad. «¿Cuándo otra ocasión como ésta?», musitó con un suspiro.

La noche fue larga; hasta dio tiempo a que Lorenzo Mejía se recobrará de las copas de aguardiente y don Martín sintiera hambre. La cena y la chuleta de ternera eran cosa lejana. Naturalmente, la conversación la llevó Lorenzo, con diferencia. El alcohol le soltó la lengua lo bastante como para superar el pudor (no el dolor) por los sucesos de los últimos meses y las novedades de última hora. Los dos *amigos* (el alcohol y la soledad acortan distancias y acrecientan afectos) habían hablado de sus negocios y otros temas que pueden tratarse hasta con desconocidos, especialmente si la diosa Fortuna ha sido benévola e incluso pródiga. Y ya que don Lorenzo buscaba respuestas y justificaciones (y conociendo don Martín su debilidad), entraron al fin en la cuestión que angustiaba al que vino de Dos Hermanas.

—Mi desgracia... —era la expresión que Lorenzo repetía entre culpable y compungido—. Se me fue la olla... Cuando más cerca estaba de tener conmigo a mi señora Catalina, me enredé como un necio. Jacinta es una buena mujer que tuvo el infortunio de perder a su marido y quedarse sola en sus mejores años. En ese punto nos encontramos los dos sin ser capaces de cortar a tiempo... ¿Conoce vuestra merced un caso igual, don Martín? —preguntaba Lorenzo Mejía.

—Conocer, conocer..., sí —respondía el forastero para consolarle.

—¿Tenéis familia aquí o en Sevilla? —insistía Lorenzo tratando de encontrar coincidencias con su propio mal.

—Si yo os contara —decía Martín con el recuerdo en la novia que dejó en Sevilla y en la familia que fundó en Zacatecas.

—¿Tenéis hijos?

—Sí, amigo mío, pero como si no...

—Yo no tengo hijos, o eso creo —dijo Lorenzo en tono enigmático—. Me vine a México y dejé a mi señora Catalina sin ser madre. Lo intentamos, pero Dios no quiso que ella me los diera—. Martín no pudo reprimir su comentario:

—¿Estáis seguro de que dependía de ella quedarse o no embarazada? —y Lorenzo, con cara de sorpresa y encogiéndose de hombros, vino a decir:

—¿Cómo si no? ¡Yo bien puse de mi parte! —no quiso Martín seguir por ese camino, pues sabía de hombres casados dos y tres veces que nunca engendraron, pero sus viudas tuvieron hijos cuando encontraron otro marido.

Lorenzo llegó a México enamorado de Catalina hasta las cachas. La distancia no hizo más que aumentar y sublimar su amor. Mientras los dos sevillanos cabalgaban por el Camino Real que lleva a Zacatecas (la ruta de la plata), la obsesión de Lorenzo era recibir cartas

de Catalina; y le imploraba que hiciera el viaje tan pronto como él contara con medios para ofrecerle la vida que merecía. Pero un día, se tropezó con Jacinta, que le puso en bandeja los dos atributos o dones más apetecidos e irresistibles que una mujer puede brindar a un hombre en edad y condiciones propicias: compañía y placer, la mezcla del sentimiento y el instinto, la tinta con la que se ha escrito gran parte de la historia de la humanidad. Martín no se explicó el gran misterio con estas palabras, pero la idea le ayudó a comprender la locura de Lorenzo.

Después de un largo silencio —mal alumbrados por las dos últimas velas que amenazaban oscuridad con sus chisporroteos agónicos—, Lorenzo trató de sacarle a Martín una explicación que le sirviera de luz y consuelo. Sabía que por la mañana tendría que enfrentarse a su drama sin el apoyo providencial de un visitante al que difícilmente volvería a ver. La última pregunta de Lorenzo fue angustiada:

—Amigo mío, ¿qué me ha sucedido? ¿Cómo es posible que haya truncado mi vida y mis sueños...?

Martín respiró hondo antes de pronunciar unas palabras que a él mismo le sorprendieron. No podía sospechar el infeliz Lorenzo hasta qué punto sus confidencias le habían ayudado a reconciliarse con su pasado sevillano y a asumir su propia tragedia americana.

—Amigo Lorenzo, lo vuestro es el *mal* de las Indias, que nos contagia a todos como la peor de las pestes. Al desembarcar en Veracruz oí hablar de la maldición de Moctezuma, la venganza del rey azteca por su derrota a manos de don Hernán Cortés. Como sabéis, es una dolencia que sufrimos los españoles al beber estas aguas y comer ciertos alimentos. Pero hay otro mal, que no tiene que ver con la barriga sino con el corazón, que nos trastorna en cuanto pisamos tierra americana. Al mudar de mundo volvemos a nacer, a ser y hacer cosas que nunca habíamos imaginado.

Mientras hablaba, Martín pensaba en tierras sin límites, en distancias apabullantes, selvas impenetrables, indios bárbaros y semidesnudos que se mataban en guerras perpetuas, nuevas razas y mezclas: en otro mundo. Y, al fin, se atrevió a dar consejo:

—Amigo Lorenzo, volved a casa, abrazad a vuestra señora Catalina con todas vuestras fuerzas, no digáis nada, no preguntéis nada. Si ella intenta hablar, sellad sus labios con un beso. Hay cosas que no tienen explicación o no vale la pena explicar.

—Y qué hay de Jacinta —insistió Lorenzo apurando hasta la última gota la medicina de su mal. Martín fue tajante:

—Romped con ella, alejaos de una mujer que también necesitaba de consuelo y fue imprudente al buscarlo donde no debía. Su edad

y sus encantos le abrirán camino. Esta frontera es escasa en mujeres.

Un largo abrazo puso fin a una noche que ya era madrugada. Lorenzo salió a la calle por la puerta de las cuadras, la única abierta. Mulos y caballos dormían de pie; unos mozos roncaban su borrachera sobre unas pajas: dos maneras distintas de descansar. Don Martín (el joven bachiller que estudió en Salamanca) había revalidado aquella noche su título sin proponérselo. Tendido en la cama, rumió por un rato algo que no le había dicho a Lorenzo: el paisano cargaría para siempre con la duda de si Antoñito era o no hijo de Catalina. Ella, a su vez, cargaría con la maledicencia de la gente, especialmente cruel entre mujeres.

* * * * *

Llegó la primavera. El socio que Martín visitó en Navidad pasó por Zacatecas camino de México, y trajo noticias de Guadiana. Jacinta y el primo de Lorenzo vivían en la provincia de Chiametla, la última tierra poblada por entonces de españoles. Lorenzo y Catalina se hicieron cargo de Antoñito sin muchas explicaciones: en la frontera suceden cosas aún más extravagantes. El negocio le iba bien a Lorenzo, y Catalina vivía en estado de buena esperanza. Pero el hacendado de Guadiana no le pudo precisar a don Martín de cuántos meses estaba preñada.

El búho y la mujer amotinada

Para Paco y Conchita

Don Martín Obregón Alonso, residente en la villa de Chihuahua, se metió un mal día en un asunto de faldas. Todo empezó con su pasión repentina por la viuda del capataz de un rancho que tenía en las afueras de la villa dedicado a la cría de yeguas y caballos de raza. De su breve aventura con la viuda sólo tuvo conocimiento don Sebastián, alcalde mayor de la villa. Fue la confesión de un enamorado a un buen amigo. Don Martín recibió el consejo de ausentarse unos días para enfriar su calentura y reflexionar. La orden de marchar al frente de una escuadra de milicianos hasta el real de minas de Dolores sirvió de excusa para el alejamiento. En Dolores se habían amotinado las mujeres ante la falta de alimentos. Las malas cosechas, las plagas y sequías se sentían más en los centros mineros porque dependían de las haciendas de labor o de ganado, mientras que la gente del campo podía recurrir a los animales domésticos, a un poco de caza, a los frutos silvestres. Personaje destacado del motín fue

una joven tan decidida como buena moza. Se llamaba María Concepción, aunque la gente la conocía por «María la Brava».

Algún tiempo después del motín (todo esto sucedía hacia 1770), don Martín se encontró en un viaje de negocios con un hombre que le causó una impresión imborrable. Al singular personaje lo llamaban «el Búho». Concepción y el Búho vivían en la misma comarca, y ella lo conocía por su fama de baqueano o rastreador de huellas. Un día, la mano del destino unió a Concepción y al Búho con ocasión de unos sangrientos sucesos. El propio don Martín nos cuenta cómo llegó a ser capitán de milicia y su encuentro con dos seres tan distintos, o tal vez no tanto: «El Rey aprobó el nombramiento de varios capitanes para otras tantas compañías de milicia en la región. De mí y demás caballeros propuestos se decía más o menos lo mismo: es sujeto de buena conducta, nacimiento y aplicación, y amor al real servicio de Su Majestad. Tiene conocimiento del terreno y la robustez que requiere el desempeño del empleo. Y ofrece el donativo de vestir la mitad de la compañía».

Las milicias de civiles tenían un valor más simbólico que efectivo. Pero el motín hizo que don Martín se estrenara como capitán. Seguido de sus milicianos y de un cabo y dos soldados para dar un tono algo más aguerrido a su tropa, don Martín partió para Dolores. Gentes que venían de las minas le dijeron que las mujeres

seguían revueltas, y que el alcalde estaba *retenido*. Al llegar a Dolores, don Martín sólo vio mujeres arremolinadas delante del cabildo. Destacaba entre todas una joven desmelenada y vociferante que debía de ser el inevitable cabecilla de todo levantamiento. Se acercó el flamante capitán y un silencio repentino resultó más impresionante que los gritos. Sin desmontar, se dirigió a la joven y le dijo que quería hablar con el alcalde. La desmelenada, con los brazos cruzados sobre el pecho y las piernas separadas como para hacer más firme su posición, gritó más que dijo: «Hablad primero con doña Mencía». Y con la mano señaló la iglesia, en cuya torre había una mujer de bastante edad asomada al campanario. Con toda solemnidad le dijo que quería hablar de inmediato con el señor alcalde. En un minuto, la anciana apareció en la puerta de la iglesia, y con voz recia se quejó de que estaban pasando hambre y de nada habían servido sus súplicas a las autoridades. Que todo lo que enviaban eran soldados.

«Ya están en camino los bastimentos, y traigo dinero para pagar un precio justo por el grano que se requise en la comarca. Ahora exijo hablar con vuestro alcalde, y no me obliguéis a usar la fuerza», fue la respuesta de don Martín. «Confío en vuestra palabra, señor, subo al campanario y daré la señal a todo el real. En cuanto a mi marido, lo encontraréis en el ayuntamiento». «¿Vuestro marido?», preguntó don Martín.

«Sí señor. ¿Acaso no sabéis que soy la esposa del alcalde?». Era lo que le faltaba oír al novato capitán para sentirse aún más corrido.

La tropa pasó la noche en Dolores. En verdad, don Martín no tenía ganas de volver a casa. Los hombres lo agradecieron y pronto se organizó una fiesta en la plaza para celebrar un final feliz. El vino y la música de violines y guitarras obraron el milagro de unir al pueblo con los milicianos en alborozada compañía. La joven desmelenada, con el cabello ahora recogido en un gran moño, fue también cabecilla de la fiesta. ¡Hasta sacó a bailar al jefe de milicianos! Hay personas que vienen a este mundo para capitanear, sea lo que sea.

El encuentro de don Martín con el Búho tuvo lugar en medio de un páramo cuando viajaba con su cuñado. Un picacho solitario servía de faro al cochero a falta de mejor referencia. De pronto, una nube negra y espesa corrió hacia el cerro empujada por un viento recio. El picacho atrapó la nube, la desgarró y derramó tanta agua que dejó de ser negra y henchida hasta parecer una gran ubre exprimida por crías hambrientas. Mulas y caballos apretaron el paso y media legua adelante descubrieron un modesto rancho a donde los viajeros se encaminaron en busca de un buen fuego y alimento caliente.

Había buscado refugio en el rancho –que servía también de venta– un individuo como de cuarenta años que, junto al fuego, con las

ropas empapadas, contemplaba a los recién llegados con un punto de suficiencia o burla en su cara. La imagen del individuo no podía ser más digna de lástima ni más siniestra: tenía la cara picada pero no de viruela sino de pólvora salpicada por un disparo a quemarropa o por el reventón de un mosquete; el ojo izquierdo lo llevaba tapado con un parche y de un brazo quedaba un muñón.

El ventero aconsejó a don Martín que el doble lisiado les guiara un par de días hasta tierras más pobladas y seguras. Lo decía por las bandas de salteadores de todas las razas y castas que merodeaban por la comarca y podían acabar con ellos en una emboscada. El Búho había pasado su vida como guía de caravanas o siguiendo las huellas de malhechores que huían después de un robo, un asesinato o un secuestro. Don Martín se acercó al baqueano y le ofreció un vaso de vino a modo de saludo. Al preguntarle el impertinente cuñado sobre su habilidad como jinete, su respuesta no pudo ser más seca: «Puedo llevar mi caballo por los peores caminos con una sola mano, y hasta con las piernas». El joven, queriendo enmendar la cosa, la empeoró: «¿Entonces, qué extrañáis más, el brazo o el ojo?». Y de nuevo, el Búho sorprendió a los dos caballeros: «El brazo, señor mío, porque hace muchos años que no puedo abrazar a mi mujer y a mis hijas como yo quisiera».

Dos días y dos noches acompañó el Búho a los viajeros hasta sacarlos del malpaís. En los momentos para descansar y comer habló de su vida con desgana, más por cortesía que por gusto. El brazo izquierdo lo perdió en un encuentro con indios que huían con la caballada de un rancho donde habían matado a su dueño y a dos o tres peones. Corría el Búho por delante de los soldados cuando desde un árbol se le echó encima uno de los perseguidos, que le dio con el hacha un tajo tan recio que del brazo quedó poco.

Muy distinto había sido el lance que le costó al Búho un ojo. En aquella ocasión hubo indios por las dos partes: unos eran amigos de los españoles, otros enemigos a muerte. Una partida de soldados, acompañada de indios auxiliares, cayó de noche sobre una ranchería de apaches que habían matado a unos arrieros. Una india se escondió bajo unas pieles con su hijita en los brazos. El llanto las descubrió y uno de los indios auxiliares, herido y enfurecido por su propio dolor, apuntó su arma contra la madre y la criatura. El Búho terminó así la historia: «De un salto me planté delante del indio, le di un puñetazo y se le cayó el arma al suelo. La mujer aprovechó para ponerme la criatura en mis brazos y colocarse delante como escudo. El indio auxiliar recuperó el fusil y volvió a apuntar, ahora a los tres. Su disparo a quemarropa atravesó la cabeza de la madre y a mí me dejó tuerto. La mujer murió con el tiempo justo para

mirarme suplicante a los ojos; quiero decir al ojo que me quedaba... Aquella niña apache es la tercera de mis hijas. ¿Querrán creer vuestras mercedes que esa chiquilla es la que más quiero aunque no tenga mi sangre?».

Tragedia en un rancho

Dos o tres años después del motín, Concepción se casó con un hombre trabajador y honrado. Se amaban y eran felices. Tuvieron un hijo, no hubo tiempo para más: Francisco murió de una caída del caballo, con la mala suerte de romperse la cabeza contra una piedra. Concepción tuvo que hacerse cargo de la tierra, que no era mucha pero daba para un vivir digno. Un capataz, con beneficios en el negocio, y unos peones sacaban adelante la cosecha y el ganado. La joven viuda llevaba cuenta de todo y no había semana, casi día, que no apareciera por sus tierras montando su caballo favorito.

El niño era para Concepción su consuelo y la razón de su vida. Vivían en medio de la nada: unos cuantos ranchos desperdigados en una tierra que sólo aquí y allá daba fruto gracias a unos arroyos o riachuelos que iban a morir jóvenes a unas grandes hoyas, cuyas aguas crecían en época de temporal; luego bajaban y se apelmazaban. La más grande de estas hoyas era el Bolsón de Mapimí. En ese paraje salvaje se refugiaban bandas de apaches que malvivían de la

caza, de frutos silvestres y del asalto a ranchos y caminantes. Cuando pasaba el peligro de una represalia o el hambre acuciaba, los apaches salían de sus escondrijos para robar ganado. Las mulas y los caballos de los españoles eran la mejor carne que podían comer y el repuesto más fácil de sus propias caballadas.

Un mal día (una mala noche, para ser exactos), Concepción acudió al rancho de su suegro, que había empeorado de un mal antiguo: ataques de asma que le ponían al borde de la muerte. Concepción no perdió tiempo, le dio un beso a Francisquito en la frente, sin despertarlo, lo arropó con la manta y salió disparada montando a pelo su caballo. Gabriela, una sirvienta de confianza, y Eusebio, un viejo mulato que hacía de todo en la casa y en el corral, quedaron en el rancho con la orden de no irse a dormir hasta su regreso.

Al amanecer, como si la luz del día abriera los pulmones del abuelo, pasó el ataque. El viejo dejó de jadear, su cara recobró color y pidió el desayuno. Hasta aquel lugar perdido había llevado Francisco a Concepción unos años antes desde el real de Dolores. Tal vez, Francisco vio a don Martín parlamentando desde su caballo con la moza desmelenada y con la anciana del campanario. Concepción recordaba con frecuencia la escena y el baile con el capitán de milicias. En estas cosas pensaba Concepción de vuelta a casa. El caballo iba despacio guiado

por la querencia, eligiendo el mejor piso como si quisiera ahorrar a su dueña las molestias de un camino áspero y mil veces recorrido.

Un relincho, que no era alegre ni espontáneo, sacó a Concepción de sus recuerdos. El animal se puso al trote. Concepción miró a lo alto, vio el rancho y echó algo de menos: la chimenea no arrojaba el humo espeso de la mañana, cuando se enciende el fogón de la cocina. Se agarró al cuello de su Lucero y trató de picar unas espuelas que no llevaba. No hacía falta, el animal ya iba al galope. Desmontó de un salto, subió de otro salto los escalones del porche y entró en la casa sin tener que abrir la puerta. El silencio era la peor señal que se podía oír aquella mañana luminosa. Cruzó la sala, tropezó con un cuerpo inerte en el suelo y entró como una tromba en el dormitorio. La camita estaba vacía y, a su lado, la sirvienta fiel tendida en un suelo bañado de sangre. «Apaches, apaches, han sido apaches» repetía con un hilo de voz. Concepción volvió a la sala: el muerto era Eusebio, el mulato; lo habían apuñalado por la espalda. Como loca, mirando sin ver, recorrió el resto de la casa. No había más rastro del niño que la mantita que habían dejado atrás los secuestradores. «¡Mi niño tendrá frío!», exclamó la madre, y se agarró con ternura a la pieza de lana como si tuviera al hijo entre sus brazos.

Concepción taponó la herida de la sirvienta y trató de levantarla, pero no pudo: tenía una

pierna rota, quizá la cadera. Una vez más le preguntó qué había pasado. Tal como les había ordenado el ama, Gabriela y Eusebio esperaban levantados su regreso. El mulato fue al corral en busca de leña para lo que sería una noche larga. Gabriela se asomó al dormitorio para comprobar que el niño dormía. Al volver a la sala vio a Eusebio en el suelo bocabajo. Uno de los asaltantes tenía en la mano un cuchillo ensangrentado. Gabriela corrió al dormitorio y se abrazó a Francisquito sin sacarlo de la cama. El otro indio la apartó de un empujón y ella sintió cómo le crujían los huesos al dar contra el piso. Trató de levantarse y recibió una cuchillada. Cuando recobró el sentido comprobó que no estaba el niño en su cama. Gritó y gritó en vano hasta que sólo le quedó fuerza para gemir de dolor y miedo.

El capataz –que tenía su vivienda al otro lado de un bosquecillo– y los peones, que dormían en unos *jacales* detrás del rancho, aparecieron puntuales como cada mañana. Nada habían visto ni oído. Todos en la comarca conocían la manera de actuar los apaches del Bolsón de Mapimí. Son astutos y pacientes en espera de la ocasión propicia para un asalto, montan sin silla, se mueven con tanta habilidad y silencio que caen sobre sus víctimas por sorpresa, dan el golpe, huyen con lo robado y escapan fácilmente de sus perseguidores. Un peón echó un vistazo alrededor de la vivienda

y volvió con una flecha en la mano. Se la había arrancado a Taxco, el perrazo guardián, muerto en acto de servicio sin tiempo para alertar a los de la casa.

Concepción miró a los presentes de uno en uno sin decir palabra. En sus ojos había rabia y determinación, pero ni una lágrima. Se remangó la camisa y puso los brazos en jarra. Era un gesto muy suyo en momentos difíciles, una declaración de guerra a la partida de apaches que le habían robado su hijo. Y empezó a dar órdenes. Un peón iría en busca de su mujer para que acompañara a Gabriela; a continuación, correría al rancho de un vecino que hacía de curandero y cirujano en la comarca para que atendiera a la herida; los otros dos peones visitarían los ranchos cercanos hasta dar con el Búho, que se había dejado ver en los últimos días por los alrededores. El ruego, la orden, era encontrarse con ella en La Cruz, el punto más directo al Bolsón de Mapimí, así conocido por la gran cruz que un día levantó un vecino en memoria de su mujer e hijos, asesinados por unos bandidos.

El capataz, demasiado viejo para la empresa, cuidaría del rancho en su ausencia y echaría un ojo a sus suegros sin darles detalles ni mucha pena de lo ocurrido. «Señora, esos asesinos estarán muy lejos» —se atrevió a decir el hombre—. Meterse en el bolsón es una locura, jamás ha salido viva de allí una mujer

que no fuera apache». «Pues tampoco seré yo la primera en salir con vida si no recupero a mi hijo –respondió Concepción–. Y no perdamos más tiempo. Ensilad mi caballo y otro de repuesto. Cargad mi escopeta y lo necesario para una cacería». El capataz aún se atrevió a decir algo más movido por la prudencia y su cariño al ama: «El Búho está viejo, señora. No sé si acudirá...». «Acudirá, lo conozco bien. Lo mío es también asunto suyo». Y pisando fuerte se dirigió a su dormitorio para vestirse la ropa adecuada.

* * *

El peón que encontró al Búho le contó lo sucedido en el rancho de María la Brava. Al pie de la cruz, Concepción no tuvo mucho más que explicarle. El ojo sano del Búho brilló y se humedeció con una lágrima de rabia y afecto. «Sé quiénes han raptado a vuestro hijo», dijo con firmeza. Concepción dio un suspiro de alivio. «Sí, señora. Es la banda del Tuerto» –y señaló con el dedo su parche–. «No es mala coincidencia, ¿verdad, señora? A esos canallas los han visto por aquí estos días. Siempre actúan de la misma manera, matan por la espalda y a cuchillo sin arriesgar nunca. Francisquito está vivo, mataron para abrirse paso en la casa y no dejar testigos, y a Gabriela la debieron de dar por muerta. No sé para qué quieren a vuestro

hijo, pero en ningún caso lo quieren muerto. ¿Un rescate, un cambalache con un cautivo de los suyos, una venta por dinero o armas...? Aunque esa partida de salvajes, entre salvajes, no valora la plata ni las armas de fuego. Me decís, señora, que Francisquito tiene poco más de dos años y es sano y hermoso –Concepción escuchaba al Búho como hipnotizada–. Pues seamos francos, Concepción: puede que algún apache desee adoptar al niño y, cuando sea un joven fuerte y valiente, casarlo con una india que lo merezca».

El Búho la había llamado por primera vez «Concepción», un leve consuelo para una madre torturada y enternecida por las palabras de un hombre que tanto había vivido y sufrido. ¿Quién no conocía en la región la historia del Búho? Y sorbiéndose las lágrimas que resbalaban por sus mejillas, siguió al jinete a todo galope.

El Bolsón de Mapimí

La extraña pareja cabalga con ánimo de llegar al Bolsón antes de que caiga la noche. De todos modos, hay luna llena. El Búho ha visto huellas sospechosas mezcladas con otras muchas; avanzan por un sendero muy transitado por los apaches. El Búho le ha dicho a Concepción que sabe más o menos dónde está la *ranchería* del Tuerto. Los apaches no levantan

casa ni la transportan como hacen los comanches con las pieles de búfalo que cubren sus chozas cónicas sostenidas por largos palos. El Búho y Concepción están al sur del Río Grande, una tierra inhóspita muy diferente a las llanuras del norte donde pacen estos grandes animales. Los apaches también se mueven, pero siempre dentro de un espacio que consideran su territorio. Según temporada, se asientan en un lugar u otro y un día levantan el campamento en busca de un paraje más propicio.

Pero los apaches del Bolsón de Mapimí son otra cosa: el ganado, los caballos y las mulas de los españoles dan menos trabajo y mejor carne. De antiguos cazadores, se han convertido en asaltantes que matan y huyen con su botín. Los apaches del Bolsón de Mapimí permanecen ocultos en un mismo lugar, de donde salen y a donde vuelven después del golpe. Todo esto lo sabe bien el Búho, que no es la primera vez que penetra en su santuario. El Búho cuenta con la seguridad y confianza que el apache siente en su refugio. Dar con la partida del Tuerto no es lo más difícil, pero la sorpresa será la única baza. Cuando los malhechores se vean descubiertos puede ocurrir cualquier cosa. El Búho empieza a arrepentirse de su empeño y a temer por la vida del niño. Y piensa que Concepción no tendrá muchas ganas de vivir si no recupera a su hijo. Por su cabeza pasa una terrible decisión: antes de permitir que Concepción caiga

en manos de los raptores, él la matará de un disparo o una puñalada.

* * *

Todo sucedió con la velocidad del relámpago. Cantos, tambores y gritos denunciaron la proximidad de la ranchería. Llevando de la rienda a los caballos y aprovechando la negrura creada por unas nubes de paso, el Búho y Concepción se acercaron hasta donde las luces de las fogatas marcaban un límite que no debían traspasar. En un extremo de la ranchería, alrededor de una fogata más grande y viva, unos hombres bebían y bailaban grotescamente bajo los efectos de la borrachera celebrando el éxito de su asalto. Había que buscar entre las chozas o jacales, donde estaban las mujeres y los niños.

Concepción se apostó tras una gran piedra y amartilló su escopeta. El Búho rodeó el círculo de luz moviéndose como una serpiente. Los llantos de un niño rompían el corazón. Una mujer salió de su jacal llevando en brazos la criatura, que con voz ronca gritaba «mamááá, mamááá». La mujer dio unos pasos para alejarse del infernal ruido que aterrorizaba a Francisquito. De nuevo, unos nubarrones ocultaron la luna, y el Búho aprovechó para acercarse más a la mujer. Era el momento de asaltarla por la espalda, taponarle la boca y

hacerse con el niño... Y callarla para siempre de una cuchillada.

Pero la nube negra pasó de largo y la luna dejó ver el rostro de la india que, amorosamente, mecía a Francisquito en sus brazos tratando de dormirlo. El Búho se quedó de piedra. ¡Conocía a la joven! Se incorporó y llamó a la improvisada madre con voz contenida: «Carmen, Carmen». El sobresalto de la joven fue tan grande que casi se le escapó el niño de las manos. La joven, que no veía al Búho tapado por un arbusto, trató por instinto de huir, quizá escapar de un encantamiento. El Búho se dejó ver y, con los dedos en los labios, le pidió silencio. Y la volvió a llamar suavemente: «Carmen, Carmelita, vengo por el niño».

* * *

Carmen había sido raptada cuando tenía doce o trece años. Se persiguió a los secuestradores, dos murieron en la huida, otro pudo decir unas palabras antes de expirar. Era un indio bautizado que renegó, cometió un robo y buscó refugio en el Bolsón. En su agonía, se arrepintió y mencionó el nombre del cabecilla que lo aceptó en su banda. No hubo valor ni gran interés en perseguir a los raptadores. Carmen era pobre y huérfana. Entrar en el bolsón por las bravas exigía unos recursos y un tiempo que

la modesta población de la comarca no tenía. La posibilidad de rescatar con vida a la niña era nula. Si se veían rodeados y vencidos, los secuestradores morirían matando, y Carmelita sería la primera víctima.

La chiquilla –según contaba entre sollozos– fue violada y después dada a un hombre tullido, un indio inútil para el asalto, que se portó con Carmelita ni mejor ni peor que aquellos apaches acostumbraban a portarse con sus mujeres. Abortó dos veces y nunca hubo descendencia. En dos ocasiones trató de salir del Bolsón. La primera vez se perdió y volvió a caer en su ranchería. El segundo intento acabó peor: los apaches mataron a un joven indio que la acompañaba en la huida. La alegría que mostró el tullido cuando la vio de vuelta en la ranchería fue la única manifestación de afecto que había recibido en mucho tiempo.

Carmen había soñado mil veces el momento de su liberación, cada día con menos esperanza. Al oír la llamada del Búho, no podía creer que aquello fuera verdad. Cuando la llamó Carmelita, pensó que venía a rescatarla alguien que la conocía. Escurriéndose por la maleza, y arrojando Carmen al niño con toda su fuerza para que no se oyera su llanto, se reunieron con la madre, que le arrebató el niño a la medio india como una leona a su cachorro. Incapaz de decir palabra, Concepción se desabrochó la camisa y apretó al hijo contra la piel de sus pechos.

El calor y el olor de la madre cortaron en seco el llanto de la criatura. Pasito a pasito se fueron alejando de la rancharía hasta que se atrevieron a montar los caballos y echaron a correr.

Mientras tanto, el tullido había notado la desaparición de Carmen. Las mujeres corrieron a avisar a los hombres, que, borrachos y a trompicones, fueron a buscar sus caballos. Uno menos borracho saltó sobre el que tenía más cerca y enfiló la senda empuñando su cuchillo y pateando salvajemente al animal. Iba ciego, como loco. El Búho oyó sus gritos de guerra, volvió la cabeza y vio brillar el cuchillo a la luz de la luna. Se echó la escopeta a la cara, disparó a bulto y corrió como un diablo hasta alcanzar a las mujeres. Concepción llevaba con una mano las riendas y con la otra seguía apretándose la criatura contra su cuerpo. Los perseguidores casi tropezaron con el indio muerto que, con los ojos muy abiertos, y boca arriba, parecía preguntarle a una luna burlona qué había sucedido. Los borrachos lo pensaron mejor y desistieron en su persecución. ¿Quién sabe a cuántos tendrían que enfrentarse? ¿Serían soldados bien armados?

La venganza

El rescate de Francisquito y Carmen no fue el final de una crónica que tardaría mucho en olvidarse en la comarca. Recordará el lector lo

que se dijo de las mujeres amotinadas en el real de minas de Dolores, la actitud desafiante de Concepción, el encuentro de don Martín con el Búho y cómo el rastreador había perdido un ojo cuando trataba de proteger a una india y a su criatura, a la que acogió como una hija más. Pues bien (quiero decir pues mal, muy mal): los apaches supieron que el Búho había sido el matador del que cayó de un disparo a la luz de la luna. Los apaches del Bolsón tenían confidentes o espías entre los indios de los ranchos. El hijo del muerto quiso vengar la muerte y se presentó una noche en casa del Búho, que vivía con sus dos hijas, la niña apache y una vieja parienta de su mujer. Descansaba el hombre tendido en un camastro pegado a una pared de la sala, y en la cocina preparaba la cena la parienta ayudada por la hija mayor. Las otras dos chiquillas jugaban junto al camastro, sentadas en una vieja piel de vaca.

Con el sigilo del que son maestros estos indios, el vengador se coló en la habitación armado con su cuchillo. El Búho, que ni siquiera se había quitado las botas, roncaba más necesitado de sueño que de alimento. Como a dos varas de distancia, el apache agarró el cuchillo por la punta, echó el brazo atrás para coger fuerza y apuntó al cuello del Búho. La hija adoptada saltó como un felino sobre el Búho para servirle de escudo; la niña no había perdido la rapidez de reflejo ni la elasticidad

de músculos que son parte de una raza entre maldita y maltratada. El Búho medio se espabiló, y creyendo que el abrazo de la niña era parte del juego que se traían con sus muñecas, la rodeó con su único brazo. No tuvo otra respuesta que su propia mano manchada por la sangre que empapaba la espalda de la criatura.

A tres pasos de distancia, el indio también había caído muerto. La hija mayor le clavó el cuchillo con el que estaba troceando en la cocina una hogaza de pan para la cena.

* * *

De todos los ranchos llegó gente a la casa del Búho. La niña india yacía en el camastro, que habían cubierto con una manta que serviría de mortaja. Concepción, vestida de negro y con un velo que le caía sobre la frente, tenía la mirada fija en la muerta mientras sus pensamientos estaban en el hombre que había pagado su ayuda con la vida de su hijita. Dijo el Búho en una ocasión que esa niña india era la que más quería de las tres.

India era la niña. Indio, el matador de la heroína. «¿De qué está hecho en verdad el corazón de los apaches? –se preguntaba Concepción–. ¿De qué está hecho el corazón de los humanos?».

Los nueve relatos amparados en esta colección bajo el título de uno de ellos se distribuyen en dos partes. La primera la componen tres textos referidos a la frontera norte de Nueva España: *Pasajeros a Indias* (Durango), *El Búho y la mujer amotinada* (Chihuahua), *Lucía y el desierto de Sonora* (Arizona). Los relatos de la segunda parte se sitúan en el presente o casi en lo porvenir: *Venus de verano* es un recorrido frenético de parador en parador. *Madame Maigret en Sevilla* es un relato de secuestro y maldad en plena Semana Santa. *El caso de la violinista y el enamorado obsesivo*, un bello episodio de amor. *Unidad de día* se nos muestra como un escenario de dolor y esperanza. *Aqua 2090* contiene una pavorosa fantasía que nos amenaza a todos. *Es evidente que estoy muerto* es breve como la vida misma e inexorable como la muerte.

Alfredo Jiménez, con una escritura tersa y clara, intriga y conmueve al lector; lo lleva de la mano sin agobio pero sin tregua en la mejor tradición del relato corto o cuento para adultos.

Alfredo Jiménez Núñez (Sevilla, 1931)



Cursó los estudios de licenciatura y doctorado en Historia de América en la Universidad de Sevilla y la licenciatura en Antropología Cultural en la Universidad de Chicago. Catedrático emérito de la Universidad de Sevilla, fue director del Departamento de Antropología Americana y decano de la Facultad de Filosofía y Letras. Ha sido asimismo profesor de la Escuela de Estudios Antropológicos de Madrid, Universidad de Maryland y Facultad de Medicina de Sevilla. Sus investigaciones de campo las ha realizado en Nuevo México, Guatemala y Andalucía. Es autor de numerosos artículos científicos y de libros como *Los hispanos de Nuevo México*, *Antropología Cultural* (Premio Breviarios de Educación del INCIE), *El Albaicín de Granada: la vida en un barrio*, *El Gran Norte de México. Una frontera imperial en perspectiva (1540-1820)*, *Biografía de un campesino andaluz* (segunda edición, 2014). Ha publicado tres novelas, la más reciente: *El amante de la frontera* (2014). Es miembro de número de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.



ISBN 978-84-472-1599-7



9 788447 215997